

La hija de la Serpiente

Evelyne Okonnek

*Premio Wolfgang Hohlbein
a la mejor novela juvenil de fantasía*

Traducido por Marinella Terzi



SAN PABLO

© SAN PABLO 2009 (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid)
Tel. 917 425 113 - Fax 917 425 723
E-mail: secretaria.edit@sanpablo.es
www.sanpablo.es
© 2006 Verlag Carl Veberreuter, Viena

Título original: *Die Tochter der Schlange*
Traducido por *Marinella Terzi*

Ilustración de cubierta: *José Luis Navarro*

Distribución: SAN PABLO. División Comercial
Resina, 1. 28021 Madrid
Tel. 917 987 375 - Fax 915 052 050
E-mail: ventas@sanpablo.es
ISBN: 978-84-285-3474-1
Depósito legal: M. 13.116-2009
Impreso en Artes Gráficas Gar.Vi. 28970 Humanes (Madrid)
Printed in Spain. Impreso en España

PRÓLOGO



Hacía tiempo que los huesos del monarca de Lehanâr se habían transformado en polvo, ya nadie engalanaba su tumba. Generaciones enteras sufrieron su ansia de poder, las interminables guerras contra Aquîr arruinaron dos reinos antes florecientes. Una última batalla provocó numerosas víctimas y no trajo la codiciada victoria a ninguno de los dos bandos, pero sí la muerte del monarca. No quedó ningún heredero en vida para seguir la línea sucesoria. El resto del pueblo, sin guía, vegetó en un país devastado. Lenuhîl, procedente de una antigua familia de magos, fue la única que se negó a claudicar y trató de arrancar a los leharanos de su letargo. Utilizó sus poderes mágicos para crear aquello que había desaparecido y le devolvió al pueblo sus ganas de vivir. Con el paso de los años los leharanos pusieron de nuevo en pie todas las construcciones, con la sola excepción del palacio, que se mantuvo en ruinas como un recordatorio para las generaciones venideras.

Pero Lenuhîl aspiraba a más. A base de innumerables negociaciones, con perseverancia y habilidad, logró que el pueblo de los leharanos firmara un pacto sagrado con Aquîr. Jamás volvería a entablarse una guerra entre ellos. Desde ese instante, el asesinato de cualquier ser vivo estaría considerado tabú. En cada uno de los dos países se eligió una representante que debía velar por los destinos de ambos

pueblos. Su nombramiento era el de “Guardiana del pueblo”. Se reservaba exclusivamente a las mujeres y sólo podía heredarse a través de la línea femenina, pues las personas creían que aquellas que daban la vida también velarían por ella. La primera Guardiana de los leharanos fue Lenuhîl y tanto ella como sus sucesoras supeditaron sus poderes mágicos al beneficio de los suyos. Desde entonces, los pueblos de Lehanâr y Aquîr se dedicaron a la agricultura y llevaron una vida pacífica y feliz.



EL PRÍNCIPE CUERVO

EL ENGAÑO



— **C**oncéntrate, Lîahnee; ¡vamos, comienza! —la voz de Minohem sonaba excitada. Agitó sus rizos rubios casi blancos y observó a su hermana con el ceño fruncido—. No es tan difícil. Sólo tienes que imaginártelo.

El labio inferior de Lîahnee tembló.

—¡Es lo que hago todo el tiempo! —dijo—. Pero siempre que pienso en la luz, no puedo ver nada más —sus ojos azules se empañaron. Llevaba más de cuatro horas tratando de seguir las indicaciones de su hermano, pero no había manera de que le saliera. Como siempre. Ya estaba agotada por el esfuerzo, le temblaban las piernas y el vestido mojado de sudor se pegaba a su cuerpo.

Minohem se encogió de hombros, cogió una alubia, se la puso en la palma derecha y fijó la mirada en ella. Un instante después, apareció un diminuto embrión en la semilla y se giró hacia el sol.

—¿Lo ves? ¡Es muy sencillo! —del germen brotaron unas hojas pequeñísimas—. Venga, inténtalo otra vez. ¡Un embrión por lo menos sí serás capaz de lograrlo!

La muchacha extendió la mano obediente y fijó la vista en la alubia. No hubo ni un movimiento. Perdió el control sin poder hacer nada por evitarlo. Gimiendo, tiró la semilla al suelo y se tapó el rostro con las manos. Su hermano la

contempló un rato sin mover ni un rasgo de su cara, luego la rodeó con sus brazos.

—Llora, pequeña; regándola lograrás hacerla crecer antes o después —y cuando Lîahnee le miró esbozando una pequeña sonrisa, añadió—: Pero eso no soluciona nuestro problema, sobre todo no hasta mañana por la tarde —dos profundas arrugas se marcaron entre sus cejas. La soltó y se separó de ella. Con las manos en los bolsillos, dio una patada al vástago caído de un árbol rhîar, y éste cruzó el jardín silvestre. Sobre las piedras quebradas de la muralla se veían en la distancia las cumbres de la cordillera de la Hoz. En algún lugar trinó un pájaro de plata y el viento trajo desde el oeste el canto de los campesinos. Llevaban dos días preparando los campos porque había llegado la época de la tercera siembra. Se volvió hacia su hermana de nuevo—. Ay, niña, ¡qué voy a hacer contigo!

Sintiéndose culpable, Lîahnee bajó la cabeza. Trató de rehacerse, pero no pudo dominar su llanto del todo.

—¿No... no puedes hacerlo tú?

Minohem se rió, pero su risa no sonó alegre.

—¡Tú eres la Guardiana! ¡La ropa de mujer no me sienta bien!

—Pero si... si yo no pu... puedo —cogió el pañuelo que su hermano le ofrecía y se limpió la nariz—. Lo... lo diré.

—¡Estás loca! —le gritó Minohem, y ella se echó hacia atrás asustada y, por un momento, se olvidó de llorar. Él se fijó en sus ojos desorbitados y dijo con serenidad—. ¡Nuestros padres se removerían en la tumba!

Lîahnee se puso pálida. Él nunca hablaba de ellos desde su muerte tres años antes y Lîahnee tampoco quería hacerlo. ¿Por qué los nombraba ahora?

Minohem posó las manos sobre sus hombros y se acercó tanto a ella que vio reflejada su propia cara en sus ojos color miel.

—No te das cuenta de lo compleja que es nuestra situación. ¡Esto no es un juego, Liahnee! —sus dedos se clavaron en sus hombros—. Nuestra familia es responsable de estas personas desde hace generaciones. ¡Nos necesitan y no vamos a defraudarlas! —había subido el volumen de su voz y la sacudió violentamente—. No vas a hablar de esto con nadie, ¿me oyes? —Liahnee asintió con firmeza y él la soltó. La observó durante largo rato como si no acabara de confiar en ella, pero por fin se suavizaron las arrugas de su frente. Con una ligera sonrisa, añadió—: Ya pensaré algo y tú irás con la vieja Sînarah para que te explique otra vez la ceremonia de mañana hasta el mínimo detalle. ¡No quiero que también estropees el acto!

La chica se giró obediente y salió de allí con la cabeza gacha.

8 Ya hacía un buen rato que el sol, vestido de oscuro ardiente, había entrado en contacto con la línea del horizonte, pero todavía quedaba una parte a la vista. En Lehanâr nunca oscurecía del todo. Liahnee no podía dormir. Por fin se levantó, recorrió las pesadas cortinas y se sentó sobre el ancho alféizar. El hogar de Liahnee y Minohem era el único en la ciudad de Lirûhn que tenía dos pisos. Su padre lo había decidido así porque le encantaba la vista de las casas bajas, encaladas, con sus jardines sobre los tejados, que se extendían hacia la llanura. Liahnee miró hacia abajo, a la plaza de la Asamblea, ahora vacía. El viento le traía el murmullo de la gran fuente que había en el centro. El surtidor plateado con la forma de la serpiente sagrada erecta brillaba débilmente en el crepúsculo. En su cabeza bullían las frases mil veces repetidas de Sînarah y deseó fervientemente seguir durante la ceremonia el orden correcto. En el cercado relinchó un caballo, tal vez Henares, que soñaba con una galopada salvaje.

Era el corcel de Minohem y se distinguía por ser tan fuerte e intrépido como su jinete. Pasó un arrendajo y la asustó con su estridente pitido. En la penumbra, las cúspides de la cordillera de la Hoz mostraban un aspecto amenazador. Liahnee tuvo un escalofrío y fue a buscar una manta. Recordó a su hermano y la escena de aquella tarde. ¿Se le había agotado la paciencia con ella? Había sido tan severo y huraño. Sintió un nudo en la garganta. Llevaba años salvándola de situaciones comprometidas, porque ella era tonta e incapaz. Pero, ¿podría hacerlo mañana también? Siguió dándole vueltas a sus pensamientos.

Se vio de pequeña, cuando prefería soñar y bailar con las mariposas en el jardín. Le gustaban sus colores, su levedad. No había nada que le hiciera más feliz que una de aquellas frágiles criaturas se posara sobre sus brazos. Aquel roce casi inexistente sobre su piel era como la más tierna de las caricias.

Ya entonces le interesaba poco la historia de su pueblo y su futuro papel como Guardianas. Tampoco le agradaban las clases de magia de su madre. Tenía miedo a las sorpresas y no confiaba en la magia. Minohem, en cambio, se mostraba lleno de entusiasmo y sentía un gran empeño en aprender. Nada le parecía suficiente y preguntaba a su madre incansablemente. Sonrió al recordar la alegría que le producía a su hermano llevar a buen fin un ejercicio de magia. ¡Qué orgulloso se sentía! Le encantaba demostrar lo que sabía. Pero, al contrario que su madre, nunca estaba contento con lo que lograba y siempre buscaba nuevos desafíos por su cuenta. Liahnee suspiró. En su caso, los primeros ejercicios ya le salieron mal. Mientras su madre dibujaba una sonrisa y no le daba mayor importancia, su hermano la convencía después para ensayar juntos en el jardín silvestre del antiguo palacio. Allí estarían solos, las personas rehuían aquel lugar de os-

cura memoria. Por supuesto, el ensayo no sirvió para nada: cada vez se sentía más insegura y eso la hacía venirse abajo. Al final, Minohem decidió ponerse detrás de ella durante los ejercicios y reforzar los poderes mágicos de su hermana con los suyos, sin que su madre se percatara. Cuanto más le ayudaba su hermano en secreto, menos creía ella en sus propias habilidades, hasta que se quedó absolutamente convencida de que no las tenía. Sólo era eso, que no contaba con ese don: no hacía honor a su familia.

Liahnee apretó la frente contra el cristal de la ventana. Su corazón se había acelerado con aquellos pensamientos. Recordó su desesperación cuando, con doce años, tras la súbita muerte de sus padres, tuvo que heredar el cargo de Guardianas de su madre. Precisamente ella, que siempre fallaba y nunca había deseado ese puesto ligado a tanto poder y a tanta responsabilidad. Habría sido mucho más feliz, habría estado más contenta, ocupándose del jardín y del cuidado de las hierbas medicinales. Aquello era lo único que sabía hacer. Pero Minohem le hizo comprender que no podía oponerse a su designación. Su familia llevaba generaciones proporcionando Guardianas. Sin embargo, aunque se comprometió a ayudarla y a encargarse en secreto de sus tareas mágicas, Liahnee sufría pensando que no podría vivir con aquella mentira. Para su hermano había sido fácil engañar a la buenaza de su madre, pero ¿a todo un pueblo? ¿Qué ocurriría cuando la verdad saliera a la luz? Le volvió a la mente la escena del jardín cuando su hermano la convenció por fin de que su pueblo la necesitaba como un símbolo. La pasión le había enrojecido las orejas y dibujado un brillo en sus ojos. En ese momento sintió tanto afecto por él que creyó que iba a estallar y, de pronto, temió volver a defraudarle. De acuerdo, sí, él se encargaría de todo y por cariño ella cedería y asumiría su papel lo mejor que pudiera. Nadie había sospe-

chado nunca pero, en cuanto podía, la joven se retiraba a sus aposentos porque su miedo a ser desenmascarada crecía de día en día. ¡Y al día siguiente cumplía quince años! Era el día de la iniciación y sus habilidades mágicas alcanzarían todo su esplendor. Así Lîahnee entraría en el círculo de los adultos. Gimió horrorizada. ¿Cómo iba Minohem a encontrar una salida esta vez?

Dos horas después, Sîarah entró en el cuarto con el desayuno y halló a su protegida profundamente dormida acurrucada en el alféizar. La despertó con cariño, la convenció de que comiera algo y la ayudó a vestirse. Le puso con cuidado el vestido largo de seda blanca y le ciñó el cinturón de plata, recamado con brillantes esmeraldas y que portaba el signo de la serpiente. Le entrelazó primorosamente los rizos dorados en dos gruesas trenzas que peinó hacia arriba formando una corona. “Cuánto se parece a su madre”, pensó Sîarah sintiendo que le embargaba la tristeza. Empujó a la muchacha hacia el espejo y le sonrió con confianza. No le habían pasado inadvertidas las profundas sombras oscuras que subrayaban sus ojos y percibía su miedo.

—Vas a hacerle todos los honores a tu madre. ¡Yo sé que lo conseguirás! —le susurró al oído.

Los ojos de Lîahnee se inundaron de lágrimas, pero no dijo nada. En lugar de eso, apretó la mano de la anciana con tanta fuerza que ella estuvo a punto de gritar. Golpearon a la puerta y entró Minohem. Sîarah los dejó solos.

11

Cuando el sol llegó a su cénit, ya todo estaba preparado para la ceremonia. Lîahnee se hallaba en la Sala del Consejo, sentada en el trono de la Guardiania, situado sobre una tribuna en la parte estrecha de la cámara, frente a la puerta. A cada lado del trono se encontraban cuatro Servidores de la Serpiente Sagrada. Minohem, de pie tras su hermana, se había

apoyado en una columna. No había nadie más en la sala pintada de blanco y sin ningún tipo de decoración. Unos austeros pilares soportaban la techumbre. El sol se introducía por las estrechas ventanas de lo alto de la pared y dibujaba franjas relucientes sobre las grandes losas de piedra arenisca que cubrían el suelo. La mirada de Lîahnee vigilaba el lento avance de las franjas mientras los Servidores, uno tras otro, iban desgranando en tono contenido los nombres y méritos de las Guardianas de Lehanâr, que leían en viejos rollos de pergamino. Comenzaron por Lenuhîl que muchas, muchas generaciones atrás, tras la última gran guerra, tomó el destino de su pueblo en sus manos, y terminaron con Nûhanee, la madre de Lîahnee y Minohem. Parecía una lista infinita y Lîahnee tenía la impresión de que iba encogiéndose a medida que ésta se hacía más y más larga. Fue capaz de contener un suspiro de alivio cuando los Servidores finalizaron su ceremoniosa enumeración a pesar de que el nombre de su madre le había helado el corazón.

12 No ocurrió nada durante un breve espacio de tiempo, luego se abrieron las dos hojas de la alta puerta. Entró un chiquillo con una corona de parra sobre sus rizos claros y cruzó con paso atento la sala, sujetando un cuenco de madera oscura en cuyo borde se enroscaba una serpiente de plata. Se aproximó a Lîahnee, con los ojos fijos en la escudilla para no volcar el agua que contenía, procedente de la fuente sagrada de la plaza de la Asamblea. Su tierno rostro reflejaba respeto, alegría y orgullo ante su cometido y Lîahnee se sintió muy emocionada por ello. Le sonrió con afecto mientras se agachaba para cogerle el cuenco. El niño resplandeció. Lîahnee se llevó el cuenco a la boca y bebió. Luego se lo dio al niño de nuevo y éste se retiró tan despacio como había venido, la puerta permaneció abierta. Otra vez, un tiempo de espera. Desde afuera llegaban de vez en cuando cuchicheos

que rompían el silencio de la sala. Se oyó el sonido grave de un gong. Lîahnee se puso en pie una vez que el eco del noveno golpe se extendió por la cámara. Minohem se acercó a ella, le tendió la mano y la acompañó afuera. Allí se apelotonaban montones de personas que susurraban agitadas. Sus voces se acallaron cuando vieron a Lîahnee parada en el umbral, y formaron un paso. Minohem llevó a su hermana en silencio a través de la gente por el camino que conducía a la Colina Sagrada, junto a la ciudad. A una distancia prudencial de ellos y de los Servidores, les seguían los leharanos.

Caminaron más de una hora antes de alcanzar la colina en la que la Sagrada Serpiente Blanca se aparecía al pueblo de Lehanâr. Minohem y su hermana subieron por el tortuoso y empinado camino mientras los demás esperaban abajo. Una vez arriba, Lîahnee se paró y miró en derredor. La población completa de la ciudad se había reunido al pie del cerro, nadie quería perderse el acontecimiento más importante en la vida de los leharanos: la consagración de la Guardiania.

Desde la Colina Sagrada, Lîahnee miraba la llanura. Todos se habían puesto sus blancas túnicas de gala. Como únicos adornos, destacaban aquí y allá, sobre las melenas rubias de mujeres y niños, guirnaldas amarillas con flores de fêhrn trenzadas. La excitación de las personas ocasionó un leve movimiento en la masa que se propagó como una ola. Lîahnee tuvo la impresión de contemplar un mar de color blanco que rompía contra la tierra rojiza de los campos arados del fondo.

Transcurrían las últimas horas de la tarde y la viva luz del sol se había transformado en un cálido resplandor. Los ocho Servidores de la Serpiente Sagrada subieron la colina en fila y formaron a su alrededor un semicírculo. Llevaban en sus manos cálices de oro decorados con una serpiente de plata. El mayor de ellos, un hombre enjuto con una franja de

espeso pelo blanco alrededor de su coronilla calva, portaba en vez del cáliz un cuenco de plata. Los hombres cubiertos con largos mantos entonaron un sencillo cántico, era el principio de la ceremonia. Tras apagarse el último tono, la miraron con expectación. A Lîahnee se le contrajo el corazón y sintió que se tambaleaba. Entonces percibió un ligero roce en la espalda. ¡Minohem! Se agarró como un náufrago al recuerdo de sus palabras. Únicamente tenía que preocuparse de los movimientos, sería él quien invocara la magia tras ella. Era lo suficientemente fuerte y llevaba mucho tiempo preparándose para esa tarea. Se obligó a creer en ello y centró sus pensamientos en lo que iba a suceder.

Al pie de la colina, la gente comenzó sus cantos rituales, y Ahrnâm, el anciano, se separó del semicírculo de los Servidores y caminó muy despacio hacia ella. Levantó la escudilla de plata, que estaba llena de grano. La muchacha extendió una mano y el hombre le puso la escudilla con cuidado sobre la palma. Luego regresó junto a los otros y Lîahnee empezó su parte del ritual. El ritmo pausado de las viejas salmodias que la acompañaban y los movimientos preestablecidos que ella debía realizar la ayudaron a tranquilizarse. Bendijo el grano, honró la tierra, el sol y el agua. Pronunció las palabras indicadas sin cometer ningún error y gesticuló aparatosamente mientras germinaba el cereal. Un ligero hormigueo en su espalda le recordaba la cercanía de su hermano y su fuerza mágica.

14

Cuando los brotes alcanzaron el tamaño aproximado de un dedo, Ahrnâm se acercó a ella nuevamente y los cogió de sus manos. Fue hacia un gran agujero del suelo, rodeado por ocho piedras alargadas de un blanco reluciente y que le llegaban hasta las caderas, y puso con cuidado la escudilla en el suelo. Luego volvió al círculo de los demás Servidores. Lîahnee se estremeció. Había llegado el momento culmi-

nante de la ceremonia, la aparición de la Serpiente Blanca era la última prueba. Si Minohem fallaba, ella moriría. El animal sagrado engullía a todos los que lo convocaban sin ser lo bastante fuertes para dominarlo. En la llanura los cantos subieron de volumen, las personas comenzaron a patear y a dar palmadas rítmicamente para despertar a la serpiente. Liahnee sentía las vibraciones en su cuerpo. Al ver la cabeza del animal asomando por el oscuro agujero, creyó que iba a desmayarse. A pesar de haber oído hablar del tamaño del reptil, se sintió abrumada ante sus proporciones.

—¡Respira! —murmuró Minohem a su espalda.

Cogió aire con fuerza y el vahído se atenuó. Los Servidores se habían replegado hasta el borde del cerro y se pusieron de rodillas en señal de respeto; también Minohem y los que se encontraban en la llanura. Liahnee se mantuvo de pie, sola frente a la Serpiente Blanca, que se había erguido por completo. El animal sacó la lengua y movió su cuerpo escamoso hacia la muchacha. Tal como había aprendido, Liahnee levantó la mano derecha y murmuró el conjuro. Lejos de impresionarse, el animal se aproximó a ella. El estómago de Liahnee se contrajo dolorosamente y la joven dejó de sentirse las piernas. Tenía la vista fija en la boca abierta de la serpiente, que se acercaba imparable. ¿Qué había sido de la magia de Minohem?

Éste no comprendía lo que estaba ocurriendo. Empleaba todos sus poderes con ahínco, pero no lograba detener a la serpiente. Su frente se perló de sudor. Sabía que estaba obrando de la manera adecuada y, sin embargo, sus fuerzas no eran suficientes. ¿Por qué? Desesperado, trató de hallar una salida.

Cuando Liahnee vio aquellos blancos dientes envenenados justo encima de su cabeza, tuvo claro que el plan de su hermano se había ido a pique. Su brazo se derrumbó des-

madejado. Oyó el rumor que recorría la masa y supo que en unos instantes sería engullida por aquella garganta inmensa y sufriría hasta morir. Sintió gritos de miedo aislados, niños que lloraban. Todo se difuminaba ante sus ojos. En medio de aquel torbellino vio aparecer el rostro de su madre. Absolutamente desesperada, levantó la mano de nuevo y gritó la fórmula defensiva que ella le enseñó una vez:

—¡Sayeeeeeeeh!

Se produjo un rayo de luz blanco. Liahnee cerró los ojos deslumbrada. El sudor empapó su cuerpo. Le ardía la piel y sus músculos temblaban incontrolados. Volvió a luchar por no desvanecerse. Pasó largo rato hasta que constató que la serpiente se había distanciado algo de ella. Observó incrédula cómo la gigantesca criatura se alejaba con lentitud.

¡Minohem! ¡Al final lo había logrado! Se giró hacia su hermano mientras la multitud gritaba de júbilo y le ofreció una sonrisa trémula. La cara de él estaba congestionada y sudorosa y tenía una expresión extraña. Liahnee comprendió que había estado a un paso de la muerte y se le aflojaron las rodillas. Tenía la sensación de que iba a vomitar y quería salir de allí cuanto antes. Alejarse de la serpiente, alejarse del clamor de la muchedumbre y del peso de la responsabilidad que sentía más que nunca. Pero se quedó quieta y miró, en medio del silencio que ya había retornado, cómo la Serpiente Blanca reptaba hacia ella y formaba con su cuerpo un gran círculo en torno a su figura.

Era el Círculo Sagrado en cuyo centro se hallaba la Guardianana. Se había cerrado una alianza.

(...)